

— ¡ Mala pécora ! A ver si un día pescas una causa que te lleve á la casa grande... Jaime, hijo mío, en vez de pasar las noches respirando la niebla del río, valdría más que empleases tu tiempo moliendo el trigo que aquí espera...

— Mañana, madre, mañana, te lo prometo...

— Siempre mañana...

Y la buena mujer entró refunfuñando en su habitación y se sentó junto á la cama para velar á Ceferina.

IV

Thiriot no tuvo noticia del grave acontecimiento ocurrido la víspera hasta que supo que Ceferina no había bajado á la hora acostumbrada para poner en orden la sala y dedicarse á la limpieza. Al volver con Gloria y el herrero del baile, al despuntar el día, se acostó sin preocuparse lo más mínimo por su hija adoptiva. Estaba convencido de que Ceferina habría vuelto sola ó con algún vecino, y siguiendo la costumbre adquirida desde mucho tiempo, ni siquiera se había ocupado de ella. Eso simplificaba su vida, pues como todo corría á cargo de Ceferina no tenía que temer nada y siempre lo encontraba todo á punto, sucediendo que sólo advertía su existencia por los servicios que le prestaba. Verdad es que procediendo de este modo Thiriot aseguraba la buena marcha de los asuntos de su casa, y cuando á las ocho oyó espantoso barullo en la sala, se decidió á ponerse el pantalón, calzarse las zapati-

llas y bajó. Los parroquianos estaban agrupados frente al mostrador, y las mesas estaban aún cubiertas con los vasos servidos la víspera.

— ¿Qué es eso, tío Alegría? ¿Se le han pegado las sábanas? ¿Ya no se toman copas en su casa?

— ¿Qué significa esto? — preguntó Thiriót con su voz de falsete. — Cerradas las persianas y la sala sin barrer... ¡Ceferina está enferma! Voy á ver qué le ocurre.

Y entró en una habitacioncita de la planta baja, abrió la ventana, y viendo la cama intacta quedó estupefacto en un principio, y saliendo luego al patio donde los mozos lavaban los coches, preguntó :

— ¿Habéis visto á Ceferina?

— Todavía no, todavía no...

— ¡Qué diablo habrá ocurrido! — gruñó Thiriót; y muy turbado y muy pálido volvió á la sala, se instaló tras el mostrador, y mirando á sus parroquianos con mirada que indicaba el principio de un grave pesar, les dijo :

— Ceferina no está; no ha dormido en su habitación; ¿dónde puede estar?

Tan notoria era la honradez de la joven, que á ninguno de los presentes se les ocurrió hacer ningún mal pensamiento; ni una voz se levantó para hacer oír una suposición ofensiva. Doublet pareció contrariado. Y no pudiendo contenerse, dijo :

— ¿Cuándo se separó usted de ella? ¿Cuándo la vió por última vez?

— Ayer noche en el baile. Se separó de mí cuando mi hija se colgó de su brazo y yo fui á reunirme con mis amigos... Después, nada. Yo creía que había vuelto sola, pues el baile no es cosa que le guste. Además, el trabajo del día siguiente la preocupaba mucho... ¡Ah! si le ha ocurrido una desgracia, no me consolaré nunca...

— ¿Una desgracia? ¿A quién?

Con el hermoso pelo en desorden, y después de haberse puesto precipitadamente un peinador, Gloria bajaba la escalera. Al ver á su padre, á Doublet y á cuantos allí estaban, permanecer silenciosos, repuso con firmeza :

— ¿Se trata de Ceferina? La puerta está abierta... el cuarto vacío, ¿Qué ha ocurrido? ¡Quiero saberlo!

— Nadie sabe una palabra, — contestó Thiriót apesadumbrado. — Esa muchacha ha desaparecido sin que nadie se pudiese figurar... Nada dijo ni nada hizo que permitiese prever... ¡Cuerno! Es preciso avisar á los gendarmes. Si se fué sola del baile anoche, con la mala gente que abunda por los caminos...

— No, no es eso, — interrumpió Gloria fijando en Doublet una mirada que éste no pudo resistir... — No, si Ceferina se ha marchado, ha sido porque ha querido irse...

La joven no pudo decir una palabra más pues rompió á sollozar, y sentada en una silla, con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos, lloró amargamente. Enorme contrariedad oprimía á los allí presentes. Doublet no se atrevía á acercarse á Gloria, y Thiriót veía

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL ENANO DE YESO"
NOVA Y SANTIAGO DE LOS RIOS
MEXICO DE 1953

con pesar que los parroquianos salían de su casa para irse á la calle, á casa del vecino tal vez, cuando otro personaje llegó, y con cuatro palabras cambió bruscamente el aspecto de las cosas. Y ese personaje no era otro que Jaime Siblot que acababa de entrar en el *Sol de Oro* y decir, dirigiéndose á Thiriót :

— Traigo noticias de Ceferina.

Aquello fué un golpe de efecto. Thiriót salió de su mostrador, Gloria mostró los ojos secos y el rostro resplandeciente, y los asistentes se agruparon en torno del molinero.

— ¿ Dónde está? — exclamó el hostelero.

— En casa de mi madre.

— ¿ Cómo? ¿ En casa de tu madre?

— Sí, en el molino de Campardón.

— Eso me parece demasiado fuerte, ¿ y qué hace allí?

Ante la entonación hostil de las palabras, el rostro de Jaime se contraía burlescamente. Miró al viejo de pies á cabeza, y con mucha calma dijo :

— Se ha ido al campo para descansar de lo mucho que ha trabajado aquí. Ese es su gusto, y yo creo que es dueña de sí misma para hacer lo que mejor le acomode.

— ¡ Cómo! — exclamó Thiriót que, libre ya de sus inquietudes se dejaba dominar por la cólera. — ¡ Una criatura que yo he criado y que ha vivido veinte años con nosotros! Y tú me dices todo eso con una sorna... Vaya... ¿ Es que te burlas de mí?

— ¿ Le debe algo? Pues haga la cuenta; — replicó Jaime con asombrosa sangre fría. — Seguro estoy que pagará. Entretanto, pide sus cosas y me ha encargado que se las lleve.

— ¡ Que las venga á buscar ella misma! — vociferó el hostelero exasperado. — ¡ Vaya una manera de abandonar á la gente! Y como si esto fuese poco, aun se permite el lujo de enviar, para hacer sus encargos, al peor de los granujas del lugar.

— Poco á poco, buen hombre. La edad le permite ser impertinente. Ya no cuenta usted, y no se le puede replicar... pero si aquí hay alguien que piense lo que usted acaba de decir, podré entenderme con él...

Doublet, que hasta entonces se había sentido molesto y á quien irritaba lo indecible la intervención del molinero, adelantó contoneándose y muy seguro de sus propias fuerzas.

— Moliner, — dijo, — nunca permitiré que delante de mí se falte á Thiriót.

— ¡ Está bien! — contestó Jaime sonriendo. — Dentro de un rato resolveremos este asunto, maestro herrero.

No pudieron decir más porque Gloria se puso entre ellos.

— Venga acá, molinero, — dijo la hija de Thiriót; — delante de tanta gente no podemos hablar con libertad, y me figuro que tiene que decirnos muchas cosas que no puede oír todo el mundo.

— Eso está perfectamente, y si todos hubiesen habla-

do como habla usted, con amabilidad y sentido común, hace diez minutos que todo estaría en claro.

Gloria empujó á su padre, hizo que Siblot saliese al patio, y una vez allí preguntó :

— ¿ Por qué está en el molino ?

— Porque yo la he llevado.

— ¿ Cuando la encontró usted ?

— Anoche.

— ¿ Dónde ?

— En el fondo del río.

Gloria no pudo contener un movimiento de sobresalto.

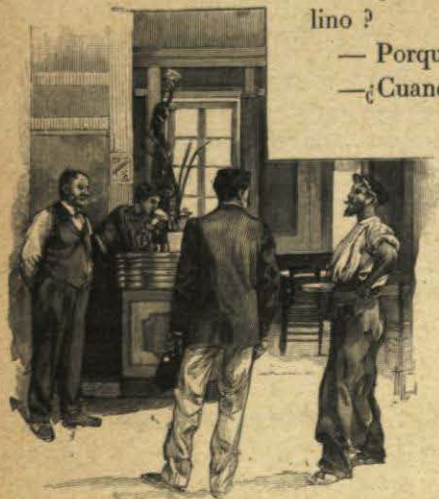
— ¡ Desgraciada ! ¿ Quiso matarse ?

— Como usted lo dice.

Tiempo era de que la sacase de allí ; un minuto más y todo hubiera concluido.

— Pero ¿ por qué quería suicidarse ? — gritó Thiriot.

— Eso, — contestó el molinero, — es cosa suya y, si quiere decirlo, lo dirá. Yo no lo sé. No ha tenido aún bastante tiempo para hablar. Cuando se le pregunta algo,



llora. Lo que sí es cierto, es que se encuentra en casa de mi madre y que quiere continuar allí.

— ¡ Cómo ! ¿ No quiere volver ?

— Dice que nunca volverá á esta casa. Eso es lo único que ha dicho de manera clara y terminante. Si tanto la querían, pueden creerla muerta y vestirse de luto pues no la verán más.

— Pero ¿ á dónde irá ?

— A donde quiera,

— ¿ Qué será de ella ?

— Trabajará. Ya saben ustedes que sabe trabajar.

— Eso es cierto. Nunca podré reemplazarla.

Al oír esta exclamación que traicionaba el brutal egoísmo de su padre, Gloria enrojeció, y volviéndose á Jaime le dijo :

— Aquí dejará el recuerdo de su buena voluntad y de su energía, y nunca olvidaremos ni su amabilidad ni sus buenas cualidades. Desde que estoy en el mundo he vivido á su lado, á su lado he crecido, y si alguien le ha hecho daño, debe saber que no tengo ninguna culpa pues nunca he dejado de quererla. Dígame cuánto sufro, y que al tener noticia de su desesperación he llorado. Si algo puedo hacer para evitar su sufrimiento, dispuesta estoy á hacerlo, que no lo dude. No tiene más que hablar. La contentaré cueste lo que cueste.

— ¿ Qué estás diciendo ? — exclamo Thiriot. — Tú estás loca. ¡ Vaya una manera de razonar ! Y si acepta y tengo que pagar por ella...

— ¡Cefirina! ¡Pagar por ella! No, padre; tú sabes que no nos ha costado nunca nada, pero nosotros, es probable que le costamos muy caro...

— ¡Bah! Déjame en paz que con tus cosas, acabas con mi paciencia. Á causa de esa muchacha testaruda tengo disgustos desde que me he levantado. ¿Qué se habrá imaginado? Si quieres que diga lo que pienso, ahí va. Para mí, que estaba enamorada de Doublet.

Al oír esta afirmación Gloria enrojeció hasta la raíz del pelo.

— Sólo temo que sea demasiado cierto, pero te prevengo que si se ha cometido alguna villanía con ella, no lo toleraré.

— ¡Basta! Luego hablaremos. Molinero, voy á ordenar que le preparen el paquete. Si entretanto quiere echar un trago...

— Gracias; tengo que hablar dos palabras con el herrero.

— ¡Ah, ah! — gruñó Thiriot — no se meta con Doublet, que es hombre de poca paciencia, y entre nosotros quede, en un santiamén haría polvo á cuatro como usted...

— No le quiero mal, pero necesito pernos para mi rueda.

— Si se trata de negocios, no he dicho nada. Dentro de cinco minutos le llevarán el paquete...

Y, separándose para que Jaime pasase, se metió de nuevo en su casa.

En la fragua, Doublet apaciguaba sus excitados nervios martillando una pala con gran ruido. Uno de sus obreros atizaba el fuego, y otro alineaba junto á la pared infinidad de hojas de guadaña. Jaime cruzó la calle, y seguido por la mirada de Gloria, que se había quedado en el hueco de la puerta, se dirigió al herrero.

— Y bien, señor Doublet — le dijo con afectación; — le había anunciado mi visita y aquí estoy. Al parecer, hace un momento tenía que decirme cosas muy importantes. Hable, que le escucho.

El herrero dejó el martillo, miró de reojo á su interlocutor, y frotando nerviosamente sus manos en el delantal de cuero, contestó:

— Ha estado muy poco correcto, Siblot, pero como aun me debe la reparación de la compuerta, no puedo discutir. Antes de insolentarse con los acreedores, es preciso saldar cuentas.

— ¿Y cuánto le debo? — preguntó friamente el molinero.

— ¿Quiere pagarme en seguida? — murmuró burlescamente Doublet.

— Sí, amigo mío, como dice muy bien, quiero que saldemos cuentas en seguida.

— Pues son catorce francos, — dijo el herrero después de haber consultado un cuaderno grasiento.

— Ahí van veinte, — contestó el molinero dejando en el yunque una moneda de oro.

— ¿Se ha desbalijado á alguien esta mañana? Porque

si hubiese sido ayer ya se habría bebido el dinero — murmuró el enorme Pedro dirigiéndose á sus obreros que al verle guiñar los ojos soltaron el trapo á reir.

Sacó el portamonedas, contó tres piezas de dos francos, y el molinero, con visible desconfianza, las examinó atentamente.

— ¿Temes que sean falsas, gusano de harina? — gritó Doublet violentamente.

— ¡ Ah! ¿ Pero va de veras? — contestó Jaime mirándole frente á frente. — Pues si es así, ahí va.

Y al mismo tiempo, el herrero recibió una bofetada capaz de derribar á un buey. Vaciló, se puso verde, de un salto se plantó junto al martillo, y gesticulando terriblemente y levantándole, se dirigió al molinero. Pero éste había sacado un largo cuchillo y extendiendo el brazo puso la punta en los ojos de su adversario.

Los otros obreros se interpusieron.

— Nada de majaderías. Molinero, baja el cuchillo; amo, el martillo, venga...

Doublet, soltando el pesado instrumento salió á la calle.

— Ven, ven á que te espachurre — gritaba. — Veo claro de lo que se trata. Ceferina te ha enviado para que me mates.

— Con sangre has de llorar lo que dices, — le interrumpió Jaime ocultando el cuchillo. — La persona de que hablas es más digna de respeto que tú y todos los tuyos.

— Avanza, avanza — rugió Doublet escupiéndose las manos, frotándose las y cayendo en guardia con terrible ademán.

— ¡ Dios Santo! — gritó Gloria. — ¡ Doublet va á



deshacer al molinero. ¡ Pronto, pronto! ¡ Que los separen! Ven, padre, ven...

El molinero, tan bajo, delgado, esbelto y moreno, como rubio, alto, fuerte y macizo era el herrero, avanzó sin apresurarse y examinó con circunspección á su gigantesco adversario. Un grupo de obreros que á los gritos de Gloria habían

salido del parador, formaron corro para presenciar la lucha.

— Acabarás de una vez, capón, — gritó Doublet á quien la lentitud de movimientos del molinero había acabado de tranquilizar. — Espera. Voy á cogerte en brazos y á darte unos azotes delante de todos...

Y se lanzó hacia el molinero, pero éste evitó al herrero haciendo una rápida pirueta, y al separarse le dió en los riñones tan soberano puntapié, sin apartarse una línea de las más puras reglas del arte, que le tendió en el suelo cuan largo era. La galería, entusiasmada con el inesperado golpe, aclamó al joven Jaime. Pero ya Doublet, con la nariz chorreando sangre, se había puesto en pie y temblaba de rabia. Lanzó un verdadero rugido, y con los brazos extendidos se precipitó hacia su adversario. Pero esta vez Jaime no pretendió evitar el choque y le esperó á pie firme. En el momento en que Doublet alzaba sus enormes puños, le saltó al cuello y apretó de firme, de manera que mientras el otro, ahogándose, movía desordenadamente los brazos, Jaime aumentó el esfuerzo y obligándole á que se inclinase lo derribó cayendo encima.

— Dime si tienes ya bastante — gritó el molinero con voz ronca, — ó si acabo de estrangularte de una vez.

— Alto, molinero, — gritó Thiriot abriéndose paso. Y ayudando al herrero para que se levantara, le hizo entrar en el parador en cuya puerta Gloria se cubría la cara con el pañuelo para no ver nada.

— Vamos — decía Thiriot. — ¿ Está bien que un hombre establecido y de posición se pegue con un descamisado que ni siquiera paga el alquiler de su molino? Doublet, imbécil, ¿ Me oyes? ¿ Como va? ¿ Recobras el aliento? Yo te creía más fuerte, vamos, vamos; un gigantón como tú hacerse estropear el físico por ese alfeñique.

El herrero pareció que recobraba el conocimiento al oír este reproche que tan cruelmente le humillaba. Más que hablar aulló.

— Me ha cogido á traición... Ya antes de salir á la calle ha querido matarme con su cuchillo.

— ¡ Vaya! no digas tonterías. Ha sido más hábil, eso es todo... En cuanto á su mondadientes, ha sido la réplica de tu martillo... Si no hubieses querido machacarle, él no se hubiera ofrecido á sangrarte... ¡ Cosas del juego! Pero en verdad, Doublet, eres muy poca cosa, y yo te creía más fuerte.

— ¡ En mi lugar hubiera querido verle!

— Pero tú desbarras, chico... — replicó el hostelero con mucha dignidad. — Un hombre de mi posición no se presta nunca á juegos como el que tan mal te ha salido hace un instante. Cuando seas el marido de mi hija tendrás que cambiar de modo de ser, ¿ Verdad Gloria?

— Cuando sea mi marido, será porque yo habré dicho sí, — dijo Gloria con desdén, — y antes que yo diga sí, preciso será que me explique con claridad lo ocurrido con

Ceferina. Por otra parte, á mí no me gustan los camorristas que se dejan pegar. ¡ Vaya una nariz ridícula ! Si me atacasen no sabría defenderme.

Y pulverizando al pretendiente con una mirada, salió de la sala encogiéndose de hombros. Los dos hombres quedaron solos, pues los parroquianos se habían marchado. Thiriot se encaramó en su mostrador, y mirando á su futuro yerno como un magistrado desde lo alto del tribunal, dijo sentenciosamente :

— ¡ La has hecho buena ! Si, como mi hija sospecha, has galanteado á Ceferina, me parece que no lograrás arreglar tus asuntos.

— ¡ Pero si no ha ocurrido nada ! — replicó el herrero : — nada, ¿ oye usted ? ¿ Qué es lo que hubiera podido ocurrir estando usted aquí ? Yo no niego que encontraba bonita á Ceferina, no se puede negar que lo es, pero yo no podía suponer que Gloria pudiese llegar á quererme. Una muchacha tan distinguida, tan altiva, que todos veían ya mujer de un notario y con el tiempo alcaldesa de la ciudad... Póngase en mi lugar. Tengo algo, y como pensaba casarme, una trabajadora como Ceferina hubiera gobernado admirablemente mi casa. Así pues, cuando hablaba con ella estaba amable, pero esa criatura es tan arisca que no me permitió bromear con ella delante de gente. Preciso era que la hablase á solas, y la esperaba por la noche, junto al huerto, á la hora que iba á sacar del pozo el agua necesaria para el servicio de la casa. Allí charlábamos un cuarto de hora, ni un minuto más,

y eso era todo. Usted no lo supo nunca, y únicamente la mendiga Balora nos sorprendió una vez, pero como quiere tanto á Ceferina, teníamos la seguridad de que no



diría una palabra. Vamos, reflexione un poco, y dígame si eso es suficiente para hacer lo que ha hecho y procurar disgustos á un hombre honrado que no es responsable de nada. ¿ Está bien lo que ha hecho ? ¿ Tenía motivos para tirarse al Verpière, y provocar la tentativa de asesi-

nato del molinero, pues él mismo ha dicho que venía de su parte? En mi perra vida he de consentir ver de nuevo á esa mujer. Amigo Thiriot, así será, como lo digo, y cuente lo que cuente Ceferina, y decida lo que decida Gloria, antes que meter en mi casa á una mujer á quien debo tan malos ratos, me quedaré soltero hasta la muerte.

— Doublet, tú has sido inconsecuente — dijo el hostelero moviendo la cabeza, que se destacaba entre dos bocales de azúcar; — pero reconozco que no podías prever que mi hija pensase en ti y que yo tampoco me opondría á su proyecto. Eso por una parte. Ahora, tal vez no has sabido manejarte lo bastante hábilmente con Ceferina para que te devolviese tu palabra si palabra le habías dado. Eso por otra parte. Pero el todo no impide que nos encontremos metidos en un atolladero á causa de la cabezada de esta muchacha. El que más pierde soy yo porque ¿cómo la reemplazaré? Gloria no puede hacer lo que ella hacía. Gloria sabe hacer trajes, tocar el piano y leer libros, pero cosas de casa, nada. Pero eso no importa, que con dinero todo se arregla. A ti no te dejaré en la estacada, pues eres el yerno que me conviene. Te ayudaré á convencer á mi hija y á retenerla, pues se desboca como un caballo, pero procura no estropear el asunto y déjame obrar.

— Amigo Thiriot, le reclamaré la promesa — contestó Doublet del todo tranquilo. — Vayamos siem-

pre de acuerdo, seamos como los dedos de la mano, y listo tendrá que ser el diablo si eso no acaba con casorio.

— Bueno, pues á tu trabajo, que yo voy á predicar á mi hija.